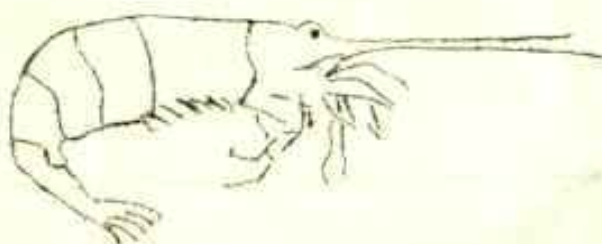


SUMARIO:

- 1/ Aportación del doctor Gallart Monés sobre la plaga de coleópteros en los bosques de hoja perenne, del Instituto forestal de Heidelberg
- 2/ Estudios de E. Bourlan sobre la reactivación fisiológica en la langosta común y las condiciones climatológicas.
- 3/ B. Buridoff: Reproducción de la patata "vivalius" con fosfatos hidrogenados en la tundra de Madagascar.



ganba común



Ruscus aculeatus



Ternes Lucifugus

Depósito legal nº 3.824

Director de la publicación Prof. Dr. Rafael Saráza Ortiz

INTRODUCCION AL ANARQUISMO

Nicolás Walter

LO QUE LOS ANARQUISTAS CREEN

Los primeros anarquistas fueron hombres que participaron en las revoluciones de Inglaterra y Francia y recibieron el calificativo como sinónimo de insulto al pretender sugerir, sus enemigos, que eran partidarios del caos y la confusión.

A partir de 1840 los anarquistas aceptaron el desafío y se abanzaron al nombre para demostrar que desechaban la anarquía como ausencia de gobierno. La palabra griega *anakhia*, como en muchos idiomas, tiene los dos sentidos: los que no son anarquistas sostienen que los dos sentidos dejan entender lo mismo, pero los anarquistas desean hacer la distinción. Desde hace más de un siglo, son anarquistas los que creen, no solamente que la ausencia de gobierno no significa forzosamente el caos y la confusión, sino también que una sociedad sin gobierno será mejor que la sociedad en que vivimos.

La anarquía es la elaboración política de la reacción psicológica contra la autoridad en los grupos humanos. Todos conocen a los anarquistas instintivos que rehusan creer o hacer lo que se les dice o se les ha ordenado. En el transcurso de la historia, esa tendencia se encuentra en los individuos y los grupos que se rebelan contra los que gobiernan. La idea teórica de la anarquía es igualmente muy vieja; efectivamente, se puede hallar la descripción de una edad de oro desaparecida, sin gobierno, en el pensamiento de China y de las Indias antiguas, de Egipto, de la Mesopotamia, de Grecia y de Roma. De la misma manera, innumerables escritores políticos y religiosos, así como comunidades, sueñan con una utopía sin gobierno. Pero la aplicación de la anarquía a la situación presente es más reciente, y es solamente en el movimiento anarquista del siglo pasado que hallamos la exigencia de una sociedad sin gobierno en el inmediato.

Otros grupos, a la izquierda como a la derecha, quieren, en teoría, deshacerse del gobierno, ya bien sea cuando la economía de mercado sea libre y no precisa ser controlada, o cuando los individuos sean tan iguales que la coerción no será más necesaria; pero las medidas que adoptan parecen reforzar cada vez más el gobierno. Los anarquistas son los únicos en querer deshacerse del gobierno en la práctica. Ello no quiere decir que todos los hombres sean

naturalmente buenos, idénticos, perfectos, u otra tontería romántica. Quiere decir que estiman que casi todos los hombres son sociales, iguales y capaces de vivir su propia vida. Muchas gentes dicen que el gobierno es necesario porque hay gentes que no saben conducirse, pero los anarquistas dicen que el gobierno es dañino porque no se puede tener confianza en nadie para conducir a los demás. Si los hombres son tan malos que deben ser gobernados por otros, dicen ellos, ¿quién entonces es bastante bueno para gobernar a los demás? El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente. Por otra parte, las riquezas de la tierra son producidas por el trabajo de la humanidad entera, y todos los hombres tienen un derecho igual para tomar parte en ese trabajo y gozar de su producto. El anarquismo es un modelo ideal que exige a la vez la libertad total y la igualdad total.

LIBERALISMO Y SOCIALISMO

Se puede considerar el anarquismo como una variante, bien sea de liberalismo, bien sea del socialismo, y hasta de los dos. Como los liberales, los anarquistas quieren la libertad; como los socialistas, quieren la igualdad. Pero el liberalismo solo o el socialismo solo no les satisface. La libertad sin igualdad significa que los pobres y los débiles son menos libres que los ricos y los fuertes, y la igualdad sin libertad significa que somos todos esclavos juntos. La libertad y la igualdad no son contradictorias sino complementarias: en lugar de la vieja polarización libertad-igualdad, según la cual más libertad significa menos igualdad y viceversa, los anarquistas hacen destacar que en la práctica no se puede tener la una sin la otra. La libertad no es auténtica si algunos son demasiados pobres o débiles para gozarla, y la igualdad no es auténtica si algunos están gobernados por otros. La contribución decisiva de los anarquistas a la teoría política es la comprobación de que la libertad y la igualdad son a fin de cuentas la misma cosa.

El anarquismo se diferencia también del liberalismo y del socialismo por su concepción del progreso. Los liberales ven la historia como un desarrollo lineal que iría del salvajismo, de la superstición, de la intolerancia y de la tiranía a la civilización a la cultura, a la tolerancia y a la emancipación. Hay adelantos y retrocesos, pero el verdadero progreso de la humanidad va en el sentido de un oscuro pasado hacia un porvenir radiante. Los socia-

listas ven la historia como un proceso dialéctico desde el salvajismo, pasando por el despotismo, el feudalismo y el capitalismo hasta el triunfo del proletariado y la abolición del sistema de clases. Hay revoluciones y reacciones, pero el verdadero progreso de la humanidad va igual mente de un triste pasado hacia un hermoso porvenir.

Los anarquistas consideran el progreso de forma muy distinta; efectivamente, aprecian a menudo que no hay progreso de ningún tipo. Ven la historia, no como un desarrollo lineal o dialéctico en un sentido, sino como un proceso dualístico. La historia de todas las sociedades humanas es la historia de una lucha entre gobernantes y gobernados, entre poderosos y desposeídos, entre los que quieren mandar y ser mandados y los que quieren liberarse al mismo tiempo que sus compañeros; los principios de autoridad y de libertad, de gobierno y de rebeldía, de Estado y de sociedad están en perpetuo conflicto. Esa tensión no se ve jamás resuelta; el movimiento de la humanidad va ahora en un sentido, luego en otro. El nacimiento de un nuevo régimen o la caída de uno antiguo no son roturas o peldaños misteriosos en el desarrollo: son acontecimientos. Los acontecimientos históricos sólo son bienvenidos en la medida en la cual aumentan la libertad y la igualdad para todo el mundo; no hay motivo que implique llamar bueno o malo lo que sencillamente es inevitable. No podemos hacer ninguna previsión útil para el porvenir y no podemos estar seguros que el mundo será mejor. Nuestra única esperanza es que, a medida que el conocimiento y la conciencia se desarrollen, las gentes se vuelvan más aptas para descubrir que pueden organizarse sin necesidad de ninguna autoridad.

Sin embargo el anarquismo deriva del liberalismo y el socialismo, a la vez histórica e ideológicamente. El liberalismo y el socialismo han precedido al anarquismo, y éste ha nacido de su oposición. El espíritu de rebelión raramente está desarrollado a su nacimiento, y generalmente conduce al anarquismo; no viene de él. En cierto aspecto nos apoyamos en la libertad de expresión, de reunión, de movimiento, de comportamiento, particularmente sobre la libertad de ser diferente; por otro lado nos apoyamos en la igualdad de las posesiones, en la solidaridad humana y particularmente en el poder sobre nosotros mismos.

Sin embargo, el anarquismo no es solamente una mezcla de liberalismo y de socialismo; eso es la social-democracia o el capitalismo de abundancia. A pesar de que estamos en deuda con los liberales y los socialistas, y aún estando cerca de ellos somos fundamental-

mente diferentes de ellos -y de los socialdemócratas-, porque rechazan la institución del gobierno. Todos cuentan con el gobierno: los liberales en forma ostensible para preservar la libertad, pero en realidad para impedir la igualdad, los socialistas en forma ostensible para preservar la igualdad pero en verdad para impedir la libertad. Incluso los liberales y socialistas más extremistas no pueden privarse del gobierno, del ejercicio de la autoridad por algunos sobre los demás. La esencia del anarquismo, la única cosa sin la cual no hay anarquismo, es EL RECHAZO DE LA AUTORIDAD DE UN HOMBRE SOBRE OTRO.

DEMOCRACIA Y REPRESENTACION

Muchos se oponen a los gobiernos antidemocráticos pero los anarquistas se distinguen de ello oponiéndose también a los gobiernos democráticos. Hay otras personas que son enemigas de los gobiernos democráticos, pero los anarquistas se distinguen de éstas, no porque teman u odien al gobierno del pueblo -la democracia sólo es posible en una pequeña comunidad en la cual cada uno puede tomar parte en todas las decisiones; pero en ese momento ya es superflua. Lo que se llama democracia y se pretende que es el gobierno del pueblo por el mismo, es, de hecho, el gobierno del pueblo por gobernantes elegidos, y se debería más bien llamar "oligarquía consentida".

El gobierno por jefes que se han escogido es diferente y, generalmente, mejor que el gobierno de algunos sobre otros en el cual los jefes se han escogido ellos mismos. Pero sigue siendo gobierno. En todo el gobierno sea el más democrático, hay siempre los que ordenan o prohíben, y los que obedecen. Cuando estamos gobernados por nuestros representantes continuamos siendo gobernados, y desde el mismo momento que empiezan a hacerlo en contra de nuestra voluntad dejan de ser nuestros representantes. La mayoría de la gente admite que no se tiene ninguna obligación frente a un gobierno en el que uno no puede hacerse escuchar; pero los anarquistas todavía vamos más lejos y afirmamos que no tenemos ninguna obligación hacia el gobierno que hemos elegido. Podemos obedecerle porque estamos de acuerdo con él o porque somos demasiado débiles para desobedecer, pero nada nos obliga a obedecer cuando estamos en desacuerdo y somos lo suficientemente fuertes para negarnos. La mayoría de la gente admite que las personas a quienes concierne un cambio deberían ser consultadas antes de que una decisión fuera tomada; los anarquistas van más lejos y destacan que deberían tomar la decisión ellos mismos y ponerla en práctica.

Los anarquistas rechazan, pues, la idea de un contrato social y la de la delegación de los poderes. Sin duda que, en la práctica, la mayoría de las cosas serán siempre hechas por pocas personas -por los

los que están interesados en un problema y son capaces de resolverlo-,pero no existe ningún motivo para sean escogidas po selección o elección.Siempre descollarán de todas formas y vale más que ello se haga naturalmente.Lo importante es que los líderes y los expertos no sean forzosamente jefes,que la experiencia y la capacidad de organización no estén necesariamente ligadas a la autoridad. Puede ocurrir que la representación sea útil;pero el verdadero representante es el delegado o el diputado que está mandatado por los que lo envían y que puede ser revocado inmediatamente por ellos.

De tal manera que el jefe que se proclama ser representativo es peor que el usurpador,y ello porque es más difícil atacar a la autoridad cuando se la envuelve con palabras bonitas o argumentos abstractos.Que podamos elegir nuestros jefes de tiempo en tiempo no significa que debamos obedecerles siempre.Si lo hacemos,es por motivos prácticos y no morales.Los anarquistas están en contra de los gobiernos,sea cual sea su origen.

ESTADO Y CLASES

Los anarquistas tradicionalmente han concentrado su oposición hacia la autoridad del Estado -la institución que reclama el monopolio de la autoridad en determinado lugar-.Ello porque el Estado es el ejemplo supremo de la autoridad en la sociedad,e,igualmente, la fuente o la confirmación del uso de la autoridad en su seno.Ade más,los anarquistas se han opuesto tradicionalmente,a todas las formas de Estado-,no únicamente a la tiranía evidente de un rey, de un dictador o de un conquistador,sino también a las variantes tales como el despotismo de avanzada,la monarquía progresista,la oligarquía feudal o comercial,lademocracia parlamentaria,el comunismo soviético,etc.Han tenido inclusive tendencia a decir que todos los Estados son iguales y que nada sirve escoger uno de ellos.

Es una simplificación excesiva.Es cierto que todos los Estados son autoritarios,pero algunos lo son mucho más que otros y toda persona normal prefiere vivir en un Estado menos autoritario.Para dar un ejemplo sencillo esta exposición del anarquismo no hubiera podido ser publicada en la gran mayoría de los Estados del pasado, y no podría todavía ser publicada en la gran mayoría de los Estados de izquierda como de derecha,al Este y al Oeste;prefiero vivir donde pueda ser publicada,y la mayoría de mis lectores también,sin lugar a dudas.

Son raros los anarquistas que guardan todavía una actitud tan sencilla hacia esa cosa abstracta llamada "el Estado",y los anarquistas concentran sus esfuerzos en el ataque dirigido contra el

gobierno central y las instituciones que de él dependen no sólo porque forman parte del Estado sino porque son los ejemplos extremos de la utilización de la autoridad en la sociedad. Distinguimos el Estado de la sociedad, pero no lo vemos como algo opuesto a ella como un producto artificial; al contrario, consideramos que forma parte de la sociedad que es un desarrollo natural de la misma. La autoridad es un comportamiento natural, al igual que la agresividad: pero es un comportamiento que debe controlarse y del cual hay que liberarse. Esto no se consigue tratando de hallar medios de institucionalizarlo, sino tratando de prescindir de él.

Los anarquistas rechazan las instituciones abiertamente represivas del gobierno-administración, leyes, policía, tribunales, prisiones, fuerzas armadas, etc., -y también las que son aparentemente benéficas-consejos locales, industrias nacionalizadas, servicios públicos, bancos y compañías de seguros, escuelas y universidades, prensa y radio-y todo lo demás. Cada uno puede ver que las primeras descansan, no sobre el consentimiento, pero sí sobre la obligación, y a fin de cuentas, sobre la fuerza; los anarquistas afirman que las segundas también tienen la misma mano de hierro, aunque escondida dentro de un guante de terciopelo.

Sin embargo, las instituciones que resultan, directa o indirectamente, del Estado no pueden ser comprendidas si se las considera esencialmente malas. Pueden tener sus lados buenos. Por una parte tienen una función negativa, útil cuando impiden el empleo de la autoridad por parte de otras instituciones tales como los padres crueles, propietario especuladores, patronos brutales, criminales; y tienen una función positiva útil cuando ponen en pie a instituciones sociales que pueden ser deseadas, como los trabajos públicos, las intervenciones en caso de catástrofe, los transportes, el arte y la cultura, los servicios médicos, las jubilaciones, la educación, la radio. Hay por lo tanto el Estado liberador y el Estado providencial. El Estado trabajando por la justicia y el Estado trabajando por la igualdad.

La primera respuesta anarquista a todo esto es que también tenemos el Estado opresor-que la principal función del Estado es primordialmente la de someter al pueblo, delimitar la libertad-, y que todas las funciones útiles del Estado pueden ser ejercidas, y lo han sido a menudo por asociaciones voluntarias. Aquí el Estado se asemeja a la Iglesia medieval. En la Edad Media, la Iglesia se veía implicada en todas las actividades esenciales, y no se podía imaginar que esas actividades fueran posibles sin ella. Unicamente la Iglesia podía bautizar, casar y enterrar a las personas, y hubo

la iglesia podía bautizar, casar y enterrar a las personas, y hubo que comprender que no podía controlar de hecho al amor, a los nacimientos y la muerte. Todo acto público debía recibir la bendición religiosa (como sucede para muchos), y hubo que aprender que todo acto era igualmente efectivo sin bendición. La Iglesia se interponía y a menudo controlaba los aspectos de la vida que están ahora dominados por el Estado. Hubo que aprender a darse cuenta que la participación de la Iglesia era inútil e inclusive negativa. Lo que hay que aprender ahora es que la participación del Estado es igualmente perniciosa y superflua. Necesitamos el Estado durante tanto tiempo como creamos necesitarlo, y todo lo que él hace puede ser hecho tan bien o mejor sin la sanción de la autoridad.

La segunda respuesta anarquista es que la función esencial del Estado es la de mantener la desigualdad existente. Los anarquistas no consideran, como los marxistas, que la unidad de la sociedad sea la clase, pero están de acuerdo en que es la expresión política de la estructura económica, que es el representante de los que poseen o controlan la riqueza de la comunidad y el explotador de los que producen el trabajo que crea esa riqueza. El Estado no puede distribuir equitativamente la riqueza porque es el principal instrumento de la distribución injusta. Los anarquistas piensan, como los marxistas, que el sistema actual debe ser destruido pero no piensan que el sistema futuro pueda ser establecido por un 2º Estado mantenido por manos nuevas: EL ESTADO ES UNA CAUSA TANTO COMO UNA CONSECUENCIA DEL SISTEMA DE CLASES, Y UNA SOCIEDAD SIN CLASES INSTAURADA POR UN ESTADO SE VOLVERÁ PRONTO UNA SOCIEDAD de clases. El Estado no desaparecerá si no es deliberadamente abolido por el pueblo, tomando el poder a los dirigentes y la riqueza a los que la poseen; esas dos acciones están ligadas, y la una sin la otra será siempre inútil. La anarquía, en el sentido más verdadero, significa, a la vez, sin dirigentes y sin propietarios.

• ORGANIZACION Y BUROCRACIA

Eso no quiere decir que los anarquistas rechacen la organización, aunque exista ahí unos de los prejuicios más fuertes contra el anarquismo. La mayoría de la gente admite que la anarquía puede no significar caos y confusión y que los anarquistas no quieren el desorden sino el orden sin gobierno, pero están seguros que la anarquía significa el orden que surge espontáneo, y que los anarquistas rechazan la organización. Es el contrario de la verdad. De hecho quieren mucho más la organización, pero sin la autoridad. El prejuicio contra el anarquismo viene de un prejuicio que se tiene contra la organización; no se llega a concebir que no descansen sobre

la autoridad, cuando, de hecho, funciona mejor sin la autoridad.

Un instante de reflexión pone en evidencia que, cuando la obli-
gación sea reemplazada por el consentimiento, habrá más discusión
y más planificación, nunca menos. Todas las personas a quienes con-
cierne una decisión podrán tomar parte en su elaboración, y nadie
podrá dejar esa tarea a funcionarios pagados o a representantes
elegidos. Sin reglas que observar, sin precedentes que seguir, cada
decisión deberá ser tomada por la primera vez. Sin dirigentes a qui-
en obedecer, sin guías que seguir, cada uno será capaz de to-
mar su propia decisión. Para que todo funcione, la multiplicidad y
la complejidad de los entendimientos entre los individuos habrán
aumentado, no reducido. Una tal organización puede ser desornada
e ineficaz, en apariencia pero será más conforme a las necesidades
y a los sentimientos de las personas a quienes concierne. Si algo
no se puede hacer a salvo de la antigua forma de organización, con
una autoridad, es que no vale probablemente la pena de hacerlo, y más
valdrá dejarlo.

Lo que los anarquistas rechazan es la institucionalización de
la organización, el establecimiento de un grupo particular cuya
función es la de organizar a la ~~comunidad~~ gente. La organización anar-
quista tendría fluidez y sería abierta; desde el momento que una
organización se endurece y se cierra, cae en manos de una burocracia,
se vuelve al instrumento de una clase y la expresión de la au-
toridad en lugar de la coordinación de la sociedad. Todo grupo tien-
de a irse hacia la oligarquía, el gobierno de un pequeño número, y
toda organización tiende a irse hacia la burocracia -el gobierno
de los profesionales-; los anarquistas deben luchar siempre contra
estas tendencias, hoy como mañana, y entre ellos lo mismo que entre
los demás.

LA PROPIEDAD

Los anarquistas no rechazan tampoco la propiedad, bien que ten-
gan sobre ese particular su idea propia. En un sentido la propiedad
es el robo -es decir que la propiedad exclusiva de sea lo que sea
por sea quien sea es una expropiación para todos los demás. Ello no
quiere decir que seamos todos comunistas; quiere decir que el dere-
cho de una persona sobre un objeto no descansa en el hecho de que
ella lo haya fabricado, encontrado, comprado, recibido, que lo utili-
ce o lo desee, o que tenga un derecho legal sobre ello pero sí en
el hecho de que lo necesita, es más aún, que lo precisa mucho más
que otra persona cualquiera. No es una cuestión de justicia abstrac-
ta o de ley natural, pero sí de solidaridad humana y de sentido co-
mún. Si tengo una barra de pan y tú tienes hambre, la barra es tuya
no mía; si tengo un abrigo y tú tienes frío te pertenece. Si yo ten-
go una casa y tú no tienes ninguna, tienes derecho de utilizar, por
lo menos, una de mis habitaciones. Pero, en otro sentido la propie-
dad es la libertad, es decir que el goce de los bienes en cantidad
suficiente es una condición esencial de una vida grata para el in-
dividuo.

Los anarquistas admiten la propiedad privada de lo que no puede ser utilizado para explotar a los demás -esos objetos personales que acumulamos desde la infancia y que forman parte de nuestra vida; pero estamos en contra de la propiedad pública que no es útil por ella misma y no puede servir nada más que para explotar-, propiedad de bienes raíces e inmobiliarias, instrumentos de producción y de distribución, materias primas, artículos manufacturados, el dinero, y el capital. El principio en cuestión es, afin de cuentas, que un hombre puede tener un derecho sobre lo que produce por su propio trabajo pero no sobre lo que obtiene con el trabajo de los demás; tiene un derecho sobre lo que necesita y utiliza, pero no sobre lo que no precisa ni puede utilizar. Desde el momento que un hombre tiene más que suficiente de algo, o lo malgasta o impide que otro tenga suficiente de ello.

En consecuencia, los ricos no tienen ningún derecho sobre sus propiedades, puesto que son ricos, no porque trabajen mucho, sino porque mucha gente trabaja por ellos; y los pobres tienen un derecho sobre la propiedad de los ricos, puesto que son pobres, no porque no trabajen sino porque trabajan siempre demasiado en tareas muy ingratas que los ricos no hacen, y en condiciones pésimas.

Nadie se ha vuelto rico ni ha permanecido rico con su propio trabajo, sino explotando el trabajo de los demás. Un hombre puede tener una casa y un pedazo de tierra y unas herramientas para su profesión y buena salud toda su vida, y puede trabajar tanto como resista y durante el tiempo que pueda: solo producirá lo suficiente para su familia pero no mucho más; y no será ni siquiera independiente, dependerá de los demás para obtener ciertas materias primas y para intercambiar sus productos.

En lo que hace referencia a los bienes públicos, no se trata solamente de saber quien los posee sino quien los controla. No es necesario ser propietario para explotar a los demás. Los ricos siempre han empleado a otras personas para administrar sus bienes y ahora, que sociedades anónimas y empresas nacionalizadas tienen tendencia a reemplazar a los propietarios privados, son los administradores son los que se transforman en los principales explotadores de los obreros. Tanto en los países industrializados como en los países subdesarrollados, lo mismo en los Estados capitalistas como en los comunistas, es una pequeña minoría de la población la que posee o controla la gran mayoría de los bienes públicos.

A pesar de las apariencias, no es un problema político o legal. Lo que importa no es la distribución del dinero o el sistema de reparto de las tierras, la organización de los impuestos, el método impositivo o la ley sobre las herencias, sino el hecho fundamental de que ciertas personas trabajan para otras lo mismo que ciertas personas obedecen a otras. Si nos negásemos a trabajar para los ricos y los poderosos, la propiedad desaparecería, de la misma manera que, si nos negamos a obedecer a los dirigentes, la autoridad desaparecerá. Para los anarquistas, la propiedad está basada sobre la autoridad, no al contrario. El problema no está en saber como los

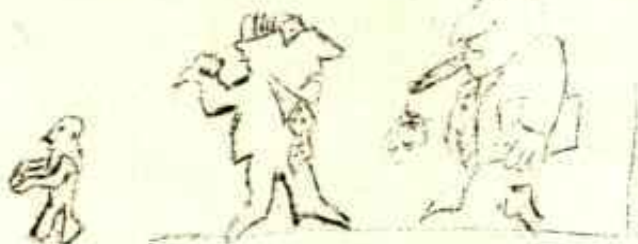
¿SON INDISPENSABLES LOS PATRONOS?

¿qué le ha dicho
a ese hombre

que trabaje
más deprisa

¿cuánto le
paga usted?

140 ptas
por día



¿de donde
saca el dinero
para pagarle

vendo el
producto!!

¿quién fabrica
los productos?

él!



¿cuántos productos
fabrica el en un
día?

por un valor
de dos mil

así que no es vd.
quien le paga si-
no el que le da
1600 ptas para que
vd. le pueda decir
que trabaja más
rápido.

HUM!



pero soy yo
el propietario
de las máquinas

¿y cómo ha conseguido
esas máquinas?

he vendido
do los
productos
y las he
comprado



¿y quien fabrica esos
productos?

SILENCIO
POR FAVOR
OIRLET!!!



campesinos engordan a los propietarios o cómo los obreros enriquecen a los patronos sino en por qué lo hacen, y en ello radica el problema político.

Algunos tratan de resolver el problema de la propiedad cambiando la ley o el gobierno, por reformas o por la revolución. Los anarquistas no tienen ninguna confianza en esas soluciones, pero no se ponen de acuerdo todos ellos sobre cual es la mejor solución. Hay quienes quieren el reparto de todos entre todo el mundo, con la finalidad de que cada uno tenga una parte de la riqueza mundial, y un sistema comercial de "laissez-faire" con crédito gratuito para evitar la acumulación excesiva. Pero la mayoría de los anarquistas no creen tampoco en esa solución, y quieren la expropiación de todos los que poseen más de lo necesario, con el fin de que todos tengamos acceso a la riqueza mundial, y que el control esté en manos de la comunidad. Pero, todos se ponen de acuerdo para decir que el sistema actual de la propiedad debe ser destruido al mismo tiempo que el sistema actual de la autoridad.

DIOS Y LA IGLESIA

Los anarquistas son tradicionalmente anticlericales y ateos. Los primeros anarquistas estaban enfrentados a la Iglesia y al Estado, y la mayoría de ellos se oponía a la religión misma. La fórmula "Ni Dios ni Amo" ha sido a menudo utilizada para resumir el mensaje anarquista. Mucha gente hace todavía su primer paso hacia el anarquismo abandonando su fe y volviéndose racionalista o humanista, la negación de la autoridad divina anima a rechazar la autoridad humana. La mayoría de los anarquistas de hoy día son probablemente ateos, o por lo menos agnósticos.

Pero hay anarquistas religiosos, aunque están por lo general fuera de la corriente principal del movimiento. Son, por ejemplo, las sectas Heréticas que anticipan las ideas anarquistas antes del siglo XIX, y los grupos pacifistas religiosos en Europa y en América del norte en el curso de los siglos XIX y XX, en particular Tolstói y sus discípulos al principio del siglo XX y el movimiento obrero católico desde los años treinta.

El odio general de los anarquistas hacia la religión declina a medida que declina el poder de la Iglesia, y muchos anarquistas piensan ahora que se trata ahí de una cuestión personal. Se opondrían a la prohibición de la religión por fuerza así como a su resurgimiento también por la fuerza. Dejarían a cada uno crecer y hacer lo que quiera mientras no concierna nada más que a él; pero no le darían la oportunidad a la Iglesia para volver a tomar poder.

La historia de la religión precede a la historia del Estado. Se ha pensado durante mucho tiempo que una sociedad sin dios era imposible; hoy, DIOS HA MUERTO. Se piensa todavía que una sociedad sin Estado es imposible; se trata ahora de destruir al Estado.

GUERRA Y VIOLENCIA

Los anarquistas se han opuesto siempre a la guerra pero no se oponen todos a la violencia. Son antimilitaristas pero no necesariamente pacifistas. Para ellos, la guerra es el ejemplo supremo de la autoridad fuera de la sociedad, y a la vez una poderosa configuración y confirmación de la autoridad en el seno de la sociedad. La violencia y la destrucción organizada de la guerra son una versión inmensamente agrandada de la violencia y de la destrucción organizada del Estado. La guerra es la salud del Estado. El movimiento anarquista tiene una sólida tradición de resistencia a la guerra y a la preparación de la guerra. Algunos anarquistas han sostenido guerras, pero han sido siempre considerados como renegados por sus compañeros, y esa total oposición a las guerras nacionales es uno de los grandes factores unificadores de los anarquistas. Pero los anarquistas han distinguido las guerras nacionales -entre Estados- de las guerras civiles -entre clases-. El movimiento revolucionario anarquista desde fines del siglo XIX, llama a la insurrección violenta para destruir el Estado, y los anarquistas han tomado parte activa en numerosos alzamientos armados y guerras civiles, sobre todo en Rusia y en España. Con todo y participando en ellos no se hacían excesivas ilusiones sobre las posibilidades de desencadenar la revolución con esos combates parciales. La violencia podía ser necesaria para destruir el antiguo sistema, pero era inútil e inclusive peligrosa para construir uno nuevo. Una fuerza armada popular puede vencer una clase dirigente y destruir un gobierno, pero no puede ayudar al pueblo a crear una sociedad libre, y de nada sirve ganar una guerra si no se es capaz de ganar la paz.

Muchos anarquistas dudan, inclusive, que la violencia pueda alguna vez ser útil; igual que el Estado, no es una fuerza neutral y sus efectos varían según quien la utilice, además que no tendrá forzosamente buenos efectos por el hecho de que esté en buenas manos. Claro está, la violencia de los oprimidos no es la misma que la violencia del opresor, pero, inclusive cuando es la mejor forma de salir de una situación intolerable, no es más que lo peor que pueda pasar. Como uno de los fenómenos más desagradables de la sociedad actual, y continúa siendo desagradable inclusive si proviene de buenas intenciones; además tiene tendencia a destruir su propia finalidad, inclusive en circunstancias en las que parece necesaria -ya sea el caso de una revolución. La experiencia de la historia muestra que el éxito de una revolución no está garantizado por la violencia; al contrario, cuanto más violencia hay menos revolución existe.

Todo eso puede parecer absurdo a quien no sea anarquista. Uno de los prejuicios más antiguos y el más tenaz referente a los anarquistas, es que son, ante todo, violentos. El estereotipo del anarquista con una bomba debajo del abrigo es viejo, tiene 80 años, pero está todavía en vigor. Muchos anarquistas han sido favorables a la violencia, algunos han sido partidarios del asesinato de personalidades, y un pequeño número ha sido adepto al terrorismo en la población, para

ayudar a destruir el sistema actual. Es una faz obscura del anarquismo y no hay que negarlo. Pero no es más que un aspecto del anarquismo, y un pequeño aspecto. La mayoría de los anarquistas están opuestos a toda violencia salvo la que es verdaderamente inevitable: LA VIOLENCIA QUE SURGE DE UN PUEBLO CUANDO SE DEHACE

LOS QUE PERPETRAN MAS VIOLENCIA SON LOS QUE EJERCEN LA AUTORIDAD, NO LOS QUE LA ATACAN. Los grandes lanzadores de bombas no son los desesperados trágicos de la Europa meridional de hace medio siglo; son la maquinaria militar de todos los Estados del mundo a través de la historia. Ningún anarquista puede rivalizar con el blitz o la bomba atómica o el napalm, ningún Ravachol o Bonnot puede ser comparado a un Hitler o a un Stalin. Animamos a los trabajadores para que ocupen sus fábricas y a los campesinos para que se apropien de los campos de labranza. Podría ocurrir que fuesen rotos los vidrios y las barricadas construidas, pero no tenemos soldados ni aviones ni policia ni prisiones, ni campos ni pelotones de ejecución, ni cámara de gas, ni verdugos. Para los anarquistas, la violencia es el ejemplo extremo del uso del poder de una persona contra otra, el paxismo de todo contra lo cual luchamos.

Algunos anarquistas han sido incluso pacifistas, a pesar de que esto no sea muy frecuente. Muchos pacifistas han sido (o se han vuelto) anarquistas, y los anarquistas han tenido tendencia en acercarse al pacifismo a medida que el mundo se acercaba a la destrucción. Algunos han sido particularmente atraídos por el pacifismo militante defendido por Tolstoy y Gandhi y por la utilización de la no-violencia como técnica de acción directa, y un gran número han tomado parte en los movimientos contra la guerra en los cuales han tenido a veces una cierta influencia. Pero la mayoría de los anarquistas -inclusive los más militantes- encuentran al pacifismo demasiado amplio en su rechazo de toda violencia por todo hombre en toda circunstancia, y demasiado estrecho en su afirmación de que la eliminación de la violencia es la única que volverá la sociedad diferente. Donde los pacifistas ven a la autoridad como una versión debilitada de la violencia, los anarquistas ven la violencia como una manifestación exacerbada de la autoridad. Sienten también cierto repudio hacia el lado moralizador del pacifismo, el ascetismo (fariseísmo) así como su concepción de buena fe del mundo. Repitémoslo son los anarquistas antimilitaristas pero no necesariamente pacifistas.

EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD

La unidad de base de la humanidad es el hombre, el ser humano individual. Casi todos los individuos viven en sociedad, pero la sociedad no es nada más que una suma de individuos, y su única finalidad es permitirle una existencia en toda su plenitud. Los anarquistas no creen que los hombres tengan derechos naturales, y ello se aplica a todos; ningún individuo puede reclamar un derecho para actuar o prohibir a otro de actuar. No hay voluntad general ni nor

ma social a la que uno deba someterse. Somos iguales, no idénticos. La competición y la ayuda mutua, la agresividad y el cariño, la intolerancia y la tolerancia, la violencia y la gentileza, la autoridad y la revuelta son todas formas naturales de comportarse en la sociedad, pero algunas favorecen y otras contrarrestan el desarrollo de la vida individual. Algunos anarquistas creen que el mejor medio de garantizar ese desarrollo sería el de acordar una libertad igual a cada miembro de la sociedad.

En consecuencia, no tenemos tiempo para moralizar en el sentido tradicional, y no nos preocupamos por la vida privada de los demás. Que cada uno haga lo que le plazca dentro de los límites de sus propias capacidades, desde el momento en que permita a los demás hacer lo mismo. Cosas tales como el vestir, la apariencia, el lenguaje, la forma de vivir, las relaciones, etc., son motivos de preferencias personales. Lo mismo con respecto a la sexualidad. Somos partidarios del amor libre, pero ello no quiere decir que seamos partidarios de la promiscuidad universal; interpretamos que todo amor es libre, salvo la prostitución y el estupro, que las personas deberían ser capaces de escoger (o de rechazar) las formas de conducta sexual y los compañeros sexuales que les convinieran. Una libertad sexual extrema podría convenir a uno y una extremada castidad a otro -a pesar de que la mayoría, . . . de los anarquistas piensan que el mundo sería mejor si se hubiera hablado menos y obrado más en el amor. El mismo principio se aplica a las drogas: la gente puede intoxicarse con alcohol, con cafeína, con haschish, o con anfetaminas, con tabaco o con opio, y no tenemos ningún derecho para impedirselo, a castigarla, a pesar de que bien podamos intentar ayudarla. De la misma forma que cada uno puede rezar a su manera, mientras permita a los demás que practiquen el culto que les convenga o no practicar ninguno. Allá ellos, los que se sientan ofuscados; lo que importa es no herir. No es necesario preocuparse por las diferentes actitudes personales; de lo que es preciso preocuparse es de la gran injusticia de la sociedad autoritaria.

El enemigo personal del enemigo individuo libre es el poder opresivo del Estado, pero los anarquistas están también opuestos a toda otra forma de autoridad que limite la libertad -en la familia, en la escuela, en el trabajo, en el vecindario- y a toda tentativa de standardizar al individuo. Sin embargo, antes de examinar como la sociedad puede ser organizada para dar el máximo de libertad a sus miembros, debemos de escribir las diferentes formas que ha tomado el anarquismo según las concepciones de las relaciones entre el individuo y la sociedad.

LAS CORRIENTES DEL ANARQUISMO

LAS CORRIENTES DEL ANARQUISMO

Los anarquistas son célebres por sus desacuerdos, por la ausencia de jefes y de funcionarios, de jerarquías y de ortodoxias, de castigos y de recompensas, de políticas y de programas. Es normal que gentes cuyo principio básico es el rechazo de la autoridad, tengan tendencia a disentir de opinión. Sin embargo hay varios tipos bien establecidos de anarquismo, entre los cuales la mayoría de los anarquistas ha escogido el que mejor expresa sus puntos de vista personales.

EL ANARQUISMO FILOSÓFICO

Originalmente, el anarquismo era lo que se llama ahora el anarquismo filosófico. Es la idea que una sociedad sin gobierno es bella, pero no realmente deseable o más bien deseable pero imposible por lo menos por ahora. Una actitud tal domina en todos los escritos anarquistas antes de 1842, ello ha impedido a los movimientos populares anarquistas de volverse una amenaza para los gobiernos. Es una actitud que encontramos todavía en los movimientos que se dicen anarquistas pero se quedan de lado, sin inmiscuirse en los movimientos organizados, y también en algunas personas en el seno del movimiento anarquista. Muy a menudo parece una actitud inconsciente, como si el anarquismo, como el reino de Dios, se hallara en uno mismo. Ello queda patente en frases como: "soy anarquista, naturalmente, pero..."

Los anarquistas militantes tienen tendencia a desdeñar a los anarquistas filosóficos, y es comprensible, a pesar de ser lamentable. Mientras el anarquismo sea un movimiento minoritario, un sentimiento de conjunto, favorable a las ideas anarquistas, inclusive vago, crea un clima que hace que se escuche la propaganda y que el movimiento pueda desarrollarse. Por otro lado la adhesión al anarquismo filosófico puede ir al encuentro de una apreciación del anarquismo verdadero; es por lo menos, preferible a la indiferencia total. Además de los anarquistas filosóficos hay muchas personas, cercanas a nosotros, pero que rehusan la etiqueta de anarquistas, y otras que rehusan toda etiqueta. Todos ellos tienen un papel que desempeñar, no fuera ya más que desarrollar una audiencia favorable y para trabajar por la causa de la libertad en sus vidas privadas.

Individualismo, Egoísmo, Corriente libertaria

El primer tipo de anarquismo, más que filosófico, fue el individualismo. Es la idea que la sociedad no es un organismo pero sí una colección de individualidades autónomas, que no tienen ninguna obligación hacia la sociedad sino tan sólo las unas a las otras. Esa visión existía mucho antes de que existiera propiamente el anarquismo, y ha continuado existiendo independientemente de él. Pero el individualismo postula que los individuos que forman la sociedad deben ser libres e iguales, y que pueden serlo únicamente con el esfuerzo personal y no por la acción de las instituciones exteriores; y todo desarrollo de esa actitud conduce del individuo

lino puro hacia el anarquismo verdadero.

La primera persona que elaboró una teoría claramente anarquista fue un individualista: William Godwin, en "An Enquiry concerning Political Justice" (de la justicia política), en 1793. En reacción contra los partidarios y los adversarios de la Revolución francesa, postuló una sociedad sin gobierno y con el mínimo de organización posible, en la cual los individuos soberanos deberían guardarse de toda forma de asociación permanente; a pesar de numerosas variantes, es todavía la base del anarquismo individualista. Es el anarquismo de los intelectuales de los artistas y de los no-conformistas, de las personas que trabajan solas y prefieren quedarse de lado. Desde la época de Godwin, ha seducido a varios, en Inglaterra y en América del Norte, por ejemplo personalidades como Shelley y Wilde, Emerson y Thoreau, Augustus John y Herbert Read. Pueden darse otra etiqueta pero se siente siempre el individualismo en ellos.

Quizás, haya error en llamar al individualismo una forma de anarquismo; el individualismo ha tenido una influencia profunda sobre todo el movimiento anarquista, y si se observa a los anarquistas se ve que es todavía una parte esencial de su ideología, o por lo menos de su motivación. Los individualistas son, se podrá decir, los anarquistas de base que desean sencillamente, destruir la autoridad y no ven la necesidad de poner sea lo que sea en su lugar; es un punto de vista válido hasta cierto límite, pero no va lo suficientemente lejos para afrontar los problemas reales de la sociedad, la cual necesita, seguramente, más acción social que personal. Solos podemos salvarnos nosotros mismo pero no podemos hacer nada por los demás.

Una forma más extrema del individualismo es el egoísmo, sobre todo bajo la forma expresada por Stirner en "El Único y su Propiedad" (1845). Como Marx o Freud es difícil interpretar a Stirner sin irritar a sus discípulos pero se puede de todas formas decir que su egoísmo es diferente del individualismo en general, porque rechaza abstracciones tales como la moralidad, la justicia, la obligación, la razón, el deber, en pro de un reconocimiento intuitivo de la existencia única de cada individuo. Rechaza evidentemente el Estado, pero rechaza también la sociedad y tiene tendencia a ir hacia el nihilismo (la idea de que nada tiene importancia) y el solipismo (la idea de que solo uno mismo existe). Esto es, con toda evidencia anarquista, pero de una forma más bien improductiva puesto que toda forma de organización mirando más allá de la efímera "unión de egoístas" es considerada como la fuente de una nueva opresión. Es el anarquismo de los poetas y de los vagabundos, de los que quieren una solución absoluta y rechazan todo compromiso. Es la anarquía al instante, sino en el mundo por lo menos en nuestra propia vida.

Una tendencia más moderada que deriva del individualismo es la corriente libertaria. En su sentido más sencillo, ésta significa que la libertad es una buena cosa; en un sentido más estricto, es la idea de que la libertad es la finalidad política más importante. Así el

libertarismo no es tanto un tipo específico del anarquismo y sí, más bien una forma atemperada de él, un primer paso. Se emplea algunas veces ese término como sinónimo o eufemismo para el anarquismo en general, cuando hay algún motivo para evitar una palabra demasiado llena de emotividad; pero más a menudo significa el reconocimiento de las ideas anarquistas en el campo particular, sin que ello implique la aceptación completa del anarquismo. Los individualistas son libertarios por definición, pero los socialistas libertarios o los comunistas libertarios son los que aportan al socialismo o al comunismo el reconocimiento del valor esencial del individuo.

MUTUALISMO Y FEDERALISMO

El tipo de anarquismo que aparece cuando los individuos comienzan a poner sus ideas en práctica es el mutualismo. Es la idea que, en lugar de contar con el Estado, la sociedad debería estar organizada por individuos que concluirían entre ellos acuerdos voluntarios sobre una base de igualdad y de reciprocidad. El mutualismo es un aspecto de toda asociación que sea más que instintiva y menos que oficial, y no es necesariamente anarquista. Pero ha sido históricamente importante para el desarrollo del anarquismo, y casi todas las proposiciones anarquistas que tienden hacia la reorganización de la sociedad han sido, esencialmente, mutuales.

El primero que se nombró deliberadamente anarquista era mutualista: Pedro José Proudhon, en "¿Qué es la propiedad?" -1840. En reacción contra los socialistas utópicos y revolucionarios del siglo XIX, postuló una sociedad compuesta por cooperativas de individuos libres, intercambiando los productos los productos básicos indispensables a la vida sobre la base del valor del trabajo, y permitiendo el crédito gratuito gracias al Banco del pueblo. Es el anarquismo de los artesanos, de los pequeños propietarios y pequeños comerciantes, de los que ejercen profesiones liberales y de los especialistas, de las gentes que quieren guardar su independencia. A pesar de sus contradictores, Proudhon tuvo numerosos discípulos, sobre todo entre los obreros separados y los pequeños burgueses, y su influencia fue considerable en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX; el mutualismo también tuvo un particular atractivo en América del Norte. Fue abrazado más tarde por gentes que querían instaurar una reforma monetaria o comunidades autónomas -mediad que prometían resultados rápidos pero que no cambiaban la estructura fundamental de la sociedad. Es un aspecto válido hasta cierto punto, pero no va lo suficientemente lejos para tratar problemas de la industria y del capital, del sistema de clase y, sobre todo, del Estado.

El mutualismo es verdaderamente un principio del movimiento cooperativo, pero las sociedades cooperativas siguen las reglas más bien democráticas que anarquistas. Una sociedad organizada según el principio del anarquismo mutualista sería una sociedad en la cual las actividades comunales estarían en manos de cooperativas, sin directores permanentes ni administradores elegidos. El mutualismo económico puede, de esa manera, ser considerado como un cooperativismo sin la burocracia, o un capitalismo sin lucro.

rativismo sin la burocracia, o un capitalismo sin lucro.

En el plan geográfico, más bien que económico, el mutualismo se vuelve federalismo. Es la idea que la sociedad en un sentido más amplio que la comunidad local, debería ser coordinada por una red de concejos que cubrirían zonas más amplias. El rasgo esencial del anarquismo federalista es que los miembros de tales concejos, serían delegados sin ninguna autoridad ejecutiva, inmediatamente revocables, y que los concejos no tendrían ningún poder central sino un simple secretariado. Proudhon, primer teórico del mutualismo fue también el primer teórico del federalismo -en "Del principio federativo"-1863- y sus discípulos fueron llamados federalistas más que mutualistas, sobre todo los que participaron activamente en el movimiento obrero. Así los que, en el seno de la Primera Internacional y de la Comuna de París, fueron los precursores de las ideas del movimiento anarquista moderno, se llamaban federalistas. El federalismo es menos un tipo de anarquismo que una parte inevitable del anarquismo. Virtualmente todos los anarquistas son federalistas, pero ninguno se define únicamente como tal. Después de todo el federalismo es un principio común que no es de ninguna manera exclusivamente anarquista. No comporta nada de utópico. Los sistemas internacionales de coordinación de los ferrocarriles, de la navegación, de las comunicaciones aéreas, de los servicios postales, del telégrafo y del teléfono, la investigación científica, las campañas contra el hambre o contra los daños, y muchas otras actividades a escala mundial, son esencialmente de estructura federalista. Los anarquistas añaden simplemente que tales sistemas andarían tan en el interior de un país como entre diferentes países.

COLECTIVISMO, COMUNISMO, SINDICALISMO

El tipo de anarquismo que va más lejos que el mutualismo o el individualismo y que comporta una amenaza directa para el sistema de clases y para el Estado es lo que se llamaba antaño el colectivismo. Es la idea que la sociedad no podrá ser construida sino cuando la clase obrera haya tomado el control de la economía por una revolución social; habrá destruido el aparato del Estado y reorganizado la producción sobre la base de la propiedad colectiva controlada por las asociaciones de trabajadores. Los instrumentos de trabajo serán de propiedad colectiva, pero los productos del trabajo serán distribuidos según la fórmula: "De cada uno según sus medios, a cada uno según su trabajo".

Los primeros anarquistas modernos -los bakuninistas de la Primera Internacional-, eran colectivistas. En oposición a los mutualistas y a los federalistas reformistas, así como contra los blanquistas y los marxistas autoritarios, ellos reivindicaban una forma simple de anarquismo revolucionario, el anarquismo de la lucha de clases y del proletariado, de la insurrección en masa de pobres contra ricos, y el paso inmediato a una sociedad libre y sin clases, sin ningún período transitorio de dictadura. Es el anarquismo

de los obreros y de los campesinos que tienen una conciencia de clase, de los militantes del movimiento obrero, de los socialistas que quieren la libertad tanto como la igualdad.

Ese colectivismo anarquista o revolucionario no debe ser confundido con el colectivismo autoritario y reformista, mejor conocido, de los social-demócratas y fabianistas- colectivismo fundado sobre la propiedad colectiva de la economía pero también sobre el control de la producción por el Estado. En parte a causa del peligro de confusión, y en parte porque es aquí donde los anarquistas y los socialistas se acercan más, se llamará, voluntariamente, ese tipo de anarquismo, socialismo libertario; ese comprende no solamente anarquistas que son socialistas sino también socialistas que tienden a hacia el anarquismo sin adherirse a él completamente.

El tipo de anarquismo que aparece en un colectivismo más elaborado es el comunismo. Es la idea de que no es suficiente que los medios de producción sean la propiedad de todos, sino que los productos del trabajo también deben ser puestos en común y distribuidos según la fórmula: "DE CADA UNO SEGUN SUS MEDIOS, A CADA UNO SEGUN SUS NECESIDADES". Los comunistas argumentan que mientras todo individuo tiene el derecho al valor íntegro de su trabajo, resulta imposible calcular el valor exacto de cada uno puesto que el trabajo de cada uno se halla englobado en el trabajo de todos y las diversas cualidades de trabajo entrañan una diversidad en cuanto calidad de valor. De ahí que sea preferible que la economía se halle en manos de la sociedad en su conjunto y que el sistema de salarios y precios sea abolido.

Las personalidades más relevantes del movimiento anarquista, hacia el final del siglo XIX y a principios del actual -Kropotkin, Reclus, Malatesta, Grave, Faure, Goldman, Rocker, etc.-, eran comunistas. Partiendo del colectivismo y en oposición a Marx ellos postulaban una forma de anarquismo revolucionario más elaborada -un anarquismo que contuviera una crítica de las más minuciosa de la sociedad actual y proposiciones para la sociedad futura. Es el anarquismo de los que aceptan la lucha de clases pero tienen una visión del mundo más amplia. Si el colectivismo es un anarquismo revolucionario con su eje hacia el problema del trabajo y fundamentado sobre la colectividad de los trabajadores, entonces el comunismo es un anarquismo revolucionario con su eje dirigido sobre el problema de la vida y fundamentado sobre la comuna popular.

Desde los años 1870, el principio del comunismo es admitido y por la mayoría de las organizaciones anarquistas revolucionarias. La principal excepción ha sido el movimiento español quien conservó el principio del colectivismo a causa de una fuerte influencia bakuniniana; de hecho, sin embargo sus finalidades eran apenas diferentes de los movimientos y prácticamente, el "comunismo libertario" instaurado durante la revolución española de 1936 fue el ejemplo más relevante del comunismo anarquista en la historia.

El comunismo anarquista o libertario no debe evidentemente, ser confundido con el comunismo más conocido de los marxistas -

comunismo fundamentado sobre la propiedad colectiva de la economía y sobre el control del Estado sobre la producción y la distribución y cimentado también sobre la dictadura del partido. El origen histórico del movimiento anarquista moderno se halla en la controversia con los marxistas durante la Primera Internacional y se refleja en la inflexible oposición de los anarquistas al comunismo autoritario, la cual se ha visto reforzada en las revoluciones rusas y española. El resultado fue que muchos anarquistas parecían haberse llamado comunistas no tanto por convicción profunda sino por el deseo de lanzar un desafío a los marxistas sobre su propio terreno y de superarlos ante los ojos de la opinión pública. Se puede sospechar de que los anarquistas sean verdaderamente comunistas, en parte porque siempre son demasiado individualistas y, también, porque rechazan los programas precisos para un porvenir que debe permanecer libre para organizarse a su modo.

El tipo de anarquismo que aparece cuando el colectivismo o el comunismo se concentran exclusivamente sobre el problema del trabajo es el sindicalismo. Es la idea de que la sociedad debería estar basada en los sindicatos, considerados como la expresión de

OBRREROS COMUNICAN A LA DIRECCION QUE HAN OCUPADO
LA FABRICA, PASANDO ESTA A REGIMEN DE
AUTOGESTION.



la clase trabajadora, reorganizados, de forma a poder cubrir a la vez, las actividades y el territorio, y transformados para que estén en manos de la base, de tal manera que la economía entera sea dirigida según el principio del control obrero.

La mayoría de los colectivista anarquistas y numerosos comunistas del siglo XIX eran implícitamente sindicalistas, en particular los anarquistas de la Primera Internacional. Pero el anarco sindicalismo no se desarrolló explícitamente sino al surgir el movimiento sindicalista francés a fines de siglo. Cuando este último se escindió en secciones revolucionarias y secciones reformistas a partir de 1980, los sin

a partir de 1890, los sindicalistas revolucionarios tuvieron la mayoría y numerosos anarquistas se unieron a ellos. Algunos, tales como Fernand Pelloutier y Emile Pouget, fueron influyentes y el movimiento sindicalista francés, sin ser completamente anarquista, fue una fuerza importante para el anarquismo hasta la primera guerra mundial y la Revolución rusa. Las organizaciones anarco-sindicalistas también fueron fuertes en los movimientos obreros de Italia y de Rusia enseguida después de la Primera guerra mundial, y sobre todo en España hasta el fin de la guerra civil en 1939.

Este el anarquismo de los elementos más militantes y los más conscientes en un movimiento obrero poderoso. Pero el sindicalismo no es necesariamente anarquista ni siquiera revolucionario. En la práctica, los anarco-sindicalistas han tenido tendencia a volverse autoritarios, o reformistas, o las dos cosas a la vez, y ha resultado difícil mantener un equilibrio entre los principios libertarios y las presiones de la lucha cotidiana para obtener un salario y condiciones de salario mejores. Mas que un argumento contra los anarco-sindicalistas, esto constituye una amenaza constante. El verdadero argumento contra el anarcosindicalismo y el sindicalismo en general, es que acentúa en exceso la importancia del trabajo y el papel que debe desempeñar la clase obrera. El sistema de clases es un problema político crucial, pero la lucha de clases no es la única actividad política para los anarquistas. El sindicalismo es aceptable cuando se lo considera como un aspecto del anarquismo. Es un punto de vista limitado que no va lo suficientemente lejos como para tratar los problemas de la vida que estén fuera del trabajo.

DIFERENCIAS QUE NO LO SON TANTO

Reconozcamos que las diferencias que entre los tipos de anarquismo se han minimizado ultimamente. A excepción de los sectarios, la mayoría de los anarquistas tiene tendencia en considerar las viejas distinciones como más aparentes que reales, como diferencias artificiales de énfasis, inclusive de vocabulario, y no como diferencias de principio. Más valdría, de hecho, considerarlas como aspectos diferentes del anarquismo, y ello en función de la orientación de nuestros enfoques personales.

Así, en nuestra vida privada somos individualistas, teniendo nuestras propias ocupaciones y escogiendo nuestros compañeros y amigos por razones personales; en nuestra vida social somos mutualistas, concluyendo libremente acuerdos entre nosotros, dando lo que tenemos y recibiendo lo que no tenemos por medio de intercambios; en nuestro trabajo seremos colectivistas, juntándonos con nuestros compañeros para producir bienes comunes y en la organización del trabajo seremos sindicalistas, uniéndonos para decidir cómo el trabajo debe ser hecho; en nuestra vida política seremos más bien comunistas, aliándonos con nuestros vecinos para decidir cómo la comunidad debe ser organizada. Es, claro está, un esquema, pero expresa bastante bien lo que los anarquistas piensan hoy.

LO QUE LOS ANARQUISTAS QUIEREN

Es difícil decir lo que los anarquistas quieren, no solamente porque son diferentes los unos de los otros, sino porque no se atreven a hacer proposiciones con todo tipo de detalles sobre un porvenir para el cual no pueden ni quieren decidir. En el fondo, quieren una sociedad sin gobierno, y ella variará, evidentemente, de una época a otra y de un lugar a otro. El rasgo esencial de la sociedad que quieren los anarquistas es que será lo que sus miembros mismos querrán hacer de ella. Sin embargo es posible decir lo que la mayoría quisiera ver en una sociedad libre, todo y recordando que no hay línea oficial y tampoco ningún medio para reconciliar los extremos: el individualismo y el comunismo.

EL INDIVIDUO LIBRE

La mayoría de los anarquistas adoptan, en primer lugar, una actitud libertaria hacia la vida privada, y quisieran que hubiera una variabilidad mucho más amplia de comportamientos personales y relaciones sociales. Pero si el individuo es el átomo de la sociedad, la familia es su molécula, y la vida de familia subsistirá inclusive si la fuerza coercitiva desaparece. Sin embargo, a pesar de que la familia puede ser una cosa natural, ya no es necesaria; una contracepción eficaz y una inteligente división del trabajo han liberado a la humanidad de la alternativa entre el celibato y la monogamia. Una pareja ya no se ve obligada a tener niños, y los hijos pueden ser educados por más compañeros que los padres oficiales. Se puede vivir solo y sin embargo tener compañeros sexuales, o vivir en comunidad sin compañero permanentes ni cónyuge oficial.

Sin lugar a dudas, se deseará practicar algunas formas de casamiento, y la mayoría de los niños serán educados en un ángulo familiar, a pesar de lo que le pudiera ocurrir a la sociedad; pero podrá haber una grande variedad de arreglos personales en el interior de una sola comunidad. Lo fundamental es que las mujeres deben ser liberadas de la opresión masculina, y que los niños sean libres de la opresión de los padres. El ejercicio de la autoridad no vale más en el microcosmos familiar que en el macrocosmos de la sociedad.

Las relaciones personales, fuera de la familia, no serán reglamentadas por leyes arbitrarias o por la competición económica, pero si por la solidaridad natural de la especie humana. Cada uno de nosotros, o casi, sabe como tratar a los demás -como quisiéramos que los demás nos trataran-, y el respeto de sí mismo y de la opinión pública son guías mejores de la conducta que el miedo o la culpabilidad. Los adversarios del anarquismo han pretendido que la opresión moral de la sociedad --sería peor que la opresión física del Estado pero el mayor peligro estriba en una autoridad irregular del grupo conductor, del novimiento de linchamiento, de la banda de pillaje o el gang criminal, o sea, las formas rudimentarias del Estado que remontan a la superficie cuando la a

autoridad regularizada del Estado real se halla ,por determinada razón ausente.

Pero los anarquistas están,por lo general,de acuerdo sobre la vida privada.No es un problema grave.Después de todo,mucha gente se ha organizado a su manera sin esperar la revolución ni lo que sea.Todo lo que hace falta para la liberación del individuo es su emancipación de los viejos prejuicios y el logro de un cierto nivel de vida.El verdadero problema,es la liberación de la sociedad.

LA SOCIEDAD LIBRE

La exigencia prioritaria para una sociedad libre es la abolición de la autoridad y la expropiación de la propiedad.En lugar de un gobierno formado por representantes permanentes elegidos ocasionalmente y de burócratas de carrera prácticamente inamovibles,los anarquistas quieren una coordinación por delegados temporarios inmediatamente revocables,y por expertos profesionales verdaderamente responsables.En un sistema así,todas las actividades sociales que implican una organización serían probablemente administradas por asociaciones libres.Se las puede llamar consejos,cooperativas,comunas,comités,sindicatos,soviets,o no importa qué;el título no tiene importancia,unicamente su función cuenta.

Habrán asociaciones de trabajo que irán desde el taller o la pequueña empresa hasta los grandes complejos industriales o agricolas,que se ocuparán de la producción y del transporte de los bbienes,decidirán de las condiciones de trabajo,harán andar la economía.Habrán asociaciones regionales que irán del vecindario o del pueblecito hacia las grandes unidades de residencia,las cuales se ocuparán de la vida de la comunidad -alojamiento,calles,vialidad,confort.Habrán asociaciones que se ocuparán de los aspectos sociales,de actividades tales como las comunicaciones,la cultura,la diversión,la investigación científica,la salud. y la educación.

La coordinación por medio de libres asociaciones en lugar de la administración constituida por jerarquías dará como resultado una descentralización extremada según los principios federalistas.Puede parecer un argumento contrario al anarquismo,pero afirmamos que es un argumento en su favor.Una de las rarezas del pensamiento político moderno,es pretender que las guerras emanan de la existencia de pequeñas naciones,cuando en realidad las guerras peores de la historia han sido causadas por un pequeño número de grandes países.De la misma manera,los gobiernos tratan de crear unidades administrativas cada vez mayores,cuando la observación demuestra que las más pequeñas son las mejores.La caída de los grandes sistemas políticos será uno de los grandes adelantos del anarquismo,y los países podrán volver a ser entidades cculturales,mientras que las naciones desaparecerán.

La asociación encargada de todo tipo de riqueza o de bienes ttendría la grave responsabilidad,ya sea de asegurar que sean honestanamente repartidos entre las personas a las que concierna,ya sea de guardarlos en propiedad común y de asegurarse que su uso sea

equitativamente repartido entre las gentes a quien corresponda. Las soluciones anarquistas varían, y las de los miembros de una sociedad libre variarán sin duda también. Podrá haber una renumeración igual a todos o proporcional a las necesidades, o ninguna renumeración. Algunas asociaciones utilizarán el dinero para sus intercambios, otras para transacciones importantes o complejas, otras no utilizarán nada. Los bienes serán comprados comprados o alquilados, racionados o libres. Si especulaciones de este tipo parecen absurdas, irrealistas o utópicas, que se piense sencillamente a todo lo que poseemos ya en común y a todo lo que puede ser utilizado sin pagar.

En Inglaterra, por ejemplo, la comunidad posee algunas industrias pesada, los transportes aéreos, y los ferrocarriles, los ferrys y los autobuses, la radio, el agua, el gas, la electricidad, pero debemos pagar por utilizar todo; en cambio, las calles, los puentes, los ríos, las playas, los parques, las bibliotecas, los terrenos de juego, los hospitales públicos y el servicio de bomberos no son tan solo propiedad común, sino también servicios gratuitos.

Lo que distingue la propiedad privada de la propiedad común, así como lo que se puede utilizar a cambio de un pago y lo que es gratuito, es completamente arbitrario. Puede parecer natural el poder utilizar las carreteras y las playas sin pagar nada, pero no ha sido siempre así, y la gratuidad de los hospitales y de las universidades solo existe en Inglaterra desde principios de este siglo. De la misma manera, puede parecer natural pagar por los transportes y por la gasolina, pero ello no será siempre necesario, y no hay motivo para que no sea gratuito.

La división equitativa o la libre distribución de las riquezas, más que su acumulación, dará por resultado el fin del sistema de clases fundado sobre la base de la propiedad. Pero los anarquistas quieren también el fin del sistema de clases basado en el control de los monopolios. Ello implica una vigilancia constante para prevenir el crecimiento de la burocracia, pero, sobre todo, implica la reorganización del trabajo sin clase dirigente.

EL TRABAJO

Las necesidades elementales del hombre son la alimentación, el techo y las ropas que le permitirán sobrevivir; sus segundas necesidades son las comodidades suplementarias que hacen que la vida valga la pena ser vivida. La primera actividad económica de todo grupo humano es la producción y la distribución de bienes que satisfechan esas necesidades; y el aspecto más importante de la sociedad -después de las relaciones personales, en las cuales se funda- es la organización del trabajo indispensable. ¿Qué piensan los anarquistas del trabajo? En primer lugar consideran que todo trabajo es desagradable pero que puede ser organizado de manera que sea soportable e inclusive agradable; en segundo lugar, que el trabajo debería ser organizado por los que lo realizan realmente.

Los anarquistas están de acuerdo con los marxistas en decir que el trabajo en la sociedad actual aliena al trabajador. No es parte de su vida, pero lo hace para poder vivir; su vida es la que hace fuera del trabajo. Y esto es verdad en la mayoría de los trabajos que hace la mayoría de la gente, y ha sido verdad seguramente en la inensa mayoría de trabajos realizados por multitud de personas en todas las épocas. La labor fatigosa y repetida que hay que realizar para hacer crecer las plantas y los animales, para hacer funcionar los complejos industriales o de transportes, para procurar a la gente lo que desea y para eliminar lo que no quiere, esa labor no puede ser abolida sin una caída radical del nivel de la vida material; y la automatización, que puede disminuir el cansancio aumenta todavía la repetición.

Pero los anarquistas afirman que la solución no está en condicionar a la gente a creer que esa situación es inevitable. Lo que se debe hacer es reorganizar el trabajo esencial de tal manera que, en primer lugar, sea normal que cada persona capaz haga su parte del mismo y que no ocupe en ello más que algunas horas por día; en segundo lugar, que le sea posible a cada uno de alternar entre diferentes tipos de trabajos desagradables, ya que en la variedad perderán un poco de su aburrimiento.

Los anarquistas se ponen de acuerdo con los sindicalistas en decir que el trabajo debe ser organizado por los trabajadores. Ello no quiere decir que la clase obrera --o los sindicatos, o un partido de la clase obrera (es decir un partido que pretenda representarla)--, organiza la economía y tenga un control único sobre el trabajo. Significa que las gentes que tengan una tarea particular puedan controlar total y directamente lo que hacen, sin patronos ni directores, ni inspectores. Lo importante es que hay que llegar a tener el mayor control posible sobre su propio trabajo, así como sobre la propia vida de uno.

Ese principio se aplica a todos los tipos de trabajo --en los campos, como en las fábricas, en grandes o pequeñas empresas, en tareas calificadas o no, y en los trabajos que ensucian así como en las profesiones liberales --y no se trata tan solo de una medida útil para hacer a los obreros felices, sino que es un principio fundamental para toda economía libre. Se objetará inmediatamente que el control total de los trabajadores llevará a una competición desastrosa entre los diversos lugares de trabajo y la producción de bienes inútiles; se responderá inmediatamente que la falta total de control obrero conduce exactamente a esa situación. Lo que se precisa es una planificación inteligente, y a pesar de lo que se piensa esa última no desacansa precisamente sobre un mayor control en la cima, sino sobre una más extensa información en la base.

La gente de izquierda y de derecha quieren que la producción aumente, a toda costa. Los anarquistas se preocupan más del consumo que de la producción --de la utilización de los bienes para satisfacer las necesidades y no para aumentar los lucros y el poder de los capitalistas y del Estado.

LO NECESARIO Y LO SUPERFLUO

Una sociedad que pretende ser decente no puede autorizar la explotación de las necesidades fundamentales. Se puede admitir que los objetos de lujo sean comprados o vendidos, ya que se puede cager entre utilizarlos o no; pero los objetos necesarios no son puramente mercancías, ya que no es cuestión de gustos el utilizarlos o no.

Por encima de todo claro está que el primer deber de una sociedad sana está en eliminar la escasez de bienes indispensables - como la falta de alimentos y viviendas en los países sub-desarrollados- por la utilización de los conocimientos técnicos y los recursos sociales. Si la capacidad y la fuerza de trabajo en Inglaterra o en Francia, por ejemplo, fueran convenientemente utilizadas, no habría motivos para que no se pudiera producir suficientes alimentos y construir suficientes casas, para alimentar y alojar a toda la población. No ocurre ello hoy en día, porque la sociedad actual tiene otras prioridades, pero no es imposible. Se ha pretendido, en una época, que era imposible que cada uno pudiera vestirse de forma conveniente, y los pobres llevaban andrajos; ahora, se dispone de ropas, en cantidad y se podría disponer en cantidad de otras cosas,.

El lujo, por una extraña paradoja, también es necesario, pero no es una necesidad de base. El segundo deber de una sociedad sana está en llevar el lujo al alcance de todos a pesar de que el lujo es un campo en el que el dinero podría todavía una función útil a condición de que no fuera distribuido según el sistema ridículo de los países capitalistas o el sistema aún más absurdo de los países comunistas. El problema esencial es que cada uno tenga acceso libre e igualmente al lujo. Pero el hombre no vive tan solo de pan, ni de pasteles. Los anarquistas no quisieran ver todas las actividades que distraen, intelectuales, culturales, etc. en manos de la sociedad -inclusive de la sociedad más libertaria. Sin embargo hay actividades que no pueden ser dejadas a individuos agrupados en asociaciones libres sino que deben ser dirigidos por la sociedad toda ella. Son los servicios sociales, la ayuda más allá de los límites de la familia y de los amigos, sin tomar en cuenta el lugar de residencia o de trabajo. Examinemos tres de esos servicios.

LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

La educación es muy importante en las sociedades humanas, por que precisa de mucho tiempo para crecer y aprender los hechos y las técnicas necesarias a la vida social, y los anarquistas se han preocupado, siempre, por los problemas de la educación. Varios pensadores anarquistas han aportado contribuciones de valor a la teoría y a la práctica de la educación, y varios reformadores de la educación en todas las épocas de la pedagogía han tenido tendencias libertarias- de Rousseau a Pestalozzi a Montessori, A.S. Neill y Freinet. Ideas sobre educación que se pensaba eran utópicas están ahora integradas en la enseñanza tanto pública como

privada, y la educación es el terreno más entusiasta de la sociedad para quienes quieren poner el anarquismo en práctica. Sin embargo, inclusive el mejor sistema de educación continúa siendo controlado por los investidos de autoridad: profesores, directores, administradores, inspectores, etc. Los adultos a quienes concierne la educación tienen generalmente tendencia a controlar todas sus formas; en realidad, no es necesario que sea controlada por ellos, ni, con mayor razón, por las personas que nada tienen que ver con ella.

Los anarquistas quisieran que las reformas actuales de la enseñanza fueran mucho más lejos. No se debería abolir la disciplina estricta y los castigos, sino también toda disciplina y todo castigo. No sería preciso que toda institución de enseñanza estuviese liberada del poder de las autoridades exteriores, sino que los alumnos, ellos mismos, deberían ser librados del poder de los dictadores o directores. En una relación educativa sana, el hecho de que uno sepa más que otro no es un motivo para que el educador tenga una autoridad cualquiera sobre el alumno. El estatuto de los maestros en la sociedad actual está basado en la edad, la fuerza, la experiencia, la ley; pero el único estatuto que deberían tener los maestros debería estar basado sobre su conocimiento en un determinado terreno y su capacidad pedagógica. No es tan preciso un poder estudiantil -a pesar de que pueda ser de utilidad para corregir el poder de los educadores y los burócratas-, como un "control obrero", ejercidos por todos a quienes concierne una institución educativa. El problema esencial radica entre romper el eslabón entre enseñar y gobernar.

Esta meta está de hecho mucho más próxima en el servicio médico que en la enseñanza. Los médicos ya no son más magos, las enfermeras ya no son santas; y en muchos países el derecho a los servicios médicos gratuitos está garantizado. Lo que es necesario es una extensión del principio de libertad de la economía a la política a la medicina: Sería preciso que se pudiera ir al hospital sin pagar y sería preciso que también se pudiera trabajar en los hospitales sin jerarquías. Una vez más, es necesario un control ejercido por todos los trabajadores empleados en una institución médica. De la misma manera que la enseñanza está hecha para los estudiantes, de igual modo los servicios médicos son para los pacientes.

El tratamiento a la delincuencia también ha progresado mucho, pero a sí mismo está todavía lejos de ser satisfactorio. ¿Qué piensan los anarquistas de la delincuencia? En primer lugar consideran que la mayoría de los que llamamos criminales son como la demás gente, quizás un poco más pobres y más débiles, más locos, más desafortunados; en segundo lugar los que son perniciosos constantemente no deben ser castigados, sino que más bien deberían ser atendidos. Los más grandes criminales no son los ladrones sino los patronos, no son los ganster sino los gobernantes, no son los asesinos sino los que exterminan a las masas. Algunas injusticias no son castigadas por el Estado, mientras que las mayores injusticias

ticias de la sociedad actual son disimuladas e inclusive acometidas por el Estado mismo. En general, el castigo causa un mal mayor a la sociedad que el crimen; es más sistemático, mejor organizado, y mucho más eficaz. Sin embargo en la sociedad más libertaria se deberá estar protegido de algunas personas y ello implicará una cierta restricción; no se impondrá el boicot ni la pena de muerte, pero sí el boicot y la expulsión.

REVOLUCION O REFORMA

Los anarquistas tradicionalmente han sido partidarios de una revolución violenta para establecer una sociedad libre, pero algunos de ellos han rechazado la violencia, o la revolución, o las dos a la vez -la violencia va seguida muy a menudo de una contra-violencia, y la revolución de una contra-revolución. Por otra parte, pocos anarquistas han sido partidarios de simples reformas pues estimaban que, mientras exista el sistema de autoridad y de propiedad, cambios superfluos no pondrán nunca en peligro la infraestructura de la sociedad. Lo difícil es que lo desean los anarquistas es muy revolucionario pero una revolución no conllevará necesariamente -e inclusive probablemente tampoco- lo que ellos quieren. He aquí porqué los anarquistas, a veces, se han resuelto por acciones desesperadas o han caído en una inactividad sin esperanzas.

Prácticamente, la mayoría de las discusiones entre anarquistas reformistas y revolucionarios son vanas, pues solamente los revolucionarios más fanáticos se niegan a acoger favorablemente las reformas. Todos saben muy bien que su acción no llevará generalmente a nada más que reformas y todos los reformistas saben que su acción llevará generalmente a una especie de revolución. Lo que los anarquistas quieren, es una presión constante que atraiga la conversión de individuos, la formación de grupos, la reforma de instituciones, el alzamiento del pueblo, y la destrucción de la propiedad y la autoridad. Si ello ocurriera sin desorden, ello satisfaría nuestros deseos; pero nunca ha ocurrido ni ocurrirá nunca. Llega por lo tanto el momento en que es preciso salir y enfrentar las fuerzas del Estado en el barrio, en el trabajo, en las calles - y si el Estado resulta vencido habrá que continuar con más ahínco a hacer algo para impedir el establecimiento de un nuevo Estado y para empezar a construir una sociedad libre. Hay un lugar para cada uno en este proceso, y todos los anarquistas encuentran algo que hacer en el combate para el logro de lo que persiguen.

LO QUE HACEN LOS ANARQUISTAS

La primera cosa que hacen los anarquistas es pensar y hablar. Pocas personas son anarquistas de nacimiento, y es una experiencia estremecedora volverse anarquista, que entraña una considerable transformación emotiva e intelectual. Un anarquista consciente se halla siempre en una situación difícil (más o menos, digamos como un ateo en la Europa medieval); es difícil romper las barreras del pensamiento y persuadir a las gentes que la necesidad de un gobier

no es una necesidad, que puede ser enjuiciada. -Inclusivo, el anarquista debe elaborar con una nueva visión del mundo y una nueva manera de actuar en él; lo que ocurre, por lo general, en conversaciones con la gente que son anarquistas o cercanos al anarquismo, particularmente en grupos o actividades de izquierda.

Sin embargo, inclusive el anarquista más dogmático tiene contactos con los no-anarquistas, y esos contactos son otras tantas ocasiones para propagar sus ideas. En la familia, con los amigos, en su casa, en el trabajo -todo anarquista que no es tan solo "filosófico" puede generalmente influenciar. Sin que ello sea absoluto, los anarquistas, por lo general, se preocupan menos de los demás en cuanto a obediencia de los niños, fidelidad conyugal, etc. Los empleados y ciudadanos anarquistas tienden menos a hacer lo que se les dice, y los maestros y los padres anarquistas obligan menos a los demás a hacer lo que ellos dicen. Un anarquista que no se destaca realmente en la vida privada no es verdaderamente digno de confianza.

Algunos anarquistas se contentan de tener sus ideas y limitan sus opiniones a su propia vida, pero la mayoría quiere ir más lejos e influenciar a los demás. En las discusiones sobre problemas sociales o políticos, ellos traen el punto de vista libertario, y en las luchas públicas defienden la solución libertaria. Pero para causar un impacto real hay que trabajar con otros anarquistas o dentro de un grupo político que tenga una base más permanente que el simple encuentro por casualidad. Es el comienzo de la organización, que conduce a la propaganda y finalmente a la acción.

ORGANIZACION Y PROPAGANDA

La forma inicial de la organización anarquista es el grupo de discusión. Si demuestra ser viable, se desarrollará en dos direcciones: creará puntos de unión con otros grupos, y ampliará su campo de actividad. Los puntos de unión con otros grupos pueden finalmente llevar a una especie de federación que coordinará las acciones y emprenderá otras más ambiciosas. La actividad anarquista principalmente comienza con la propaganda para difundir el ideal anarquista. Hay dos formas principales de hacerlo: con la palabra y con los hechos. Las palabras pueden ser escritas o habladas. Hoy en día los discursos son menos extensos que antaño, pero las reuniones -en salas o al abierto continúan siendo un buen método para alcanzar directamente a la gente. La etapa final, cuando uno se vuelve anarquista, se ve enormemente facilitada por los contactos personales, y una asamblea puede ser la ocasión para ello. Tanto como ir a asambleas específicamente anarquistas, vale la pena asistir a otras reuniones para llevar a las mismas el punto de vista libertario y tomando parte en los discursos o interrumpiéndolos. El vehículo de la palabra más perfeccionado hoy en día es, evidentemente, la radio y la televisión. Pero son medios de propaganda poco satisfactorios para explicar ideas poco familiares o explicar posiciones políticas. El anarquismo sería eficaz en estos medios

(si estuvieran a nuestra disposición) si se narrara algo entrañando un hecho moral, algo -una idea- expresada plásticamente.

De todas formas, a pesar de lo eficaz de la propaganda por la palabra, los escritos son necesarios para completar el mensaje, y es la forma de propaganda ayer como hoy más frecuente. La idea de una sociedad sin gobierno ha podido subsistir de forma subterránea durante siglos y emerger ocasionalmente en movimientos populares radicales, pero son escritores como Paine, Godwin, Proudhon, Stirner quienes por primera vez la han hecho conocer a miles de lectores. Y fue cuando la idea tomó raíces y se expresó en grupos organizados que apareció ese diluvio de diarios y de panfletos que siguen siendo el principal medio de comunicación en el movimiento anarquista. Algunas de esas publicaciones fueron excelentes; la mayoría fueron más bien mediocres; pero han sido esenciales para afirmar que el movimiento no se replegaba sobre sí mismo sino que mantenía un diálogo constante con el mundo exterior.

Además tanto como producir obras específicamente anarquistas, también resulta útil contribuir en otras periódicos y escribir libros que sin ser anarquistas propongan un punto de vista libertario a lectores no anarquistas.

Pero las palabras, habladas o escritas, bien que necesarias, no son suficientes jamás. Podemos hablar y escribir en términos generales tanto como queramos, ello no nos llevará a nada definitivo. Por lo tanto es necesario ir más lejos que la simple propaganda y para ello hay dos caminos: discutiendo problemas particulares en el justo momento y de manera eficaz, o bien atrayendo la atención por algo más espectacular que las simples palabras. La primera manera es la agitación, la segunda es la propaganda por los hechos.

La agitación es el lugar en que la teoría política se enfrenta a la realidad política. La agitación anarquista es útil cuando la gente es particularmente receptiva a lo que aquella propone debido a una tensión en el régimen estatal en las guerras civiles o nacionales, las campañas contra la opresión o los escándalos públicos y consiste esencialmente en una propaganda encaráda hacia lo práctico y realizable. En una situación en la que la toma de conciencia es rápida, las gentes no se interesan tanto en las especulaciones como en las proposiciones específicas. Es la ocasión de enseñar en detalle lo que es falso en el sistema actual y cómo hay que mejorarlo. La agitación anarquista ha sido eficaz en particular en Francia, en España y en los Estados Unidos antes de la primera guerra mundial, en Rusia, en Italia y en China después de la primera guerra, en España en los 30.

La idea de la propaganda por el hecho, es, a menudo, mal comprendida, tanto por los anarquistas como por sus adversarios. Cuando ésta expresión fue utilizada por vez primera (a partir de 1870) significaba manifestaciones, alzamientos interpretados como acciones simbólicas destinadas a una publicidad útil más que a éxitos inmediatos. Lo esencial era que la propaganda no consistía tan

solo en palabras sobre lo que se debía de hacer sino también en información sobre lo que había ocurrido. Ello no significaba en sus orígenes y no lo significa todavía, violencia, o menos aún asesinato; pero, después de la ola de atentados anarquistas en el año 1890, y siguientes la propaganda por el hecho ha sido identificada, en el espíritu popular, con actos personales de violencia y esa imagen no se ha borrado todavía.

Sin embargo para la mayoría de los anarquistas de hoy día, la propaganda por el hecho es de naturaleza no violenta, o por lo menos sin violencia, y más bien se opone a las bombas que las defiende. De hecho se ha vuelto a su significación primera, a pesar de que tenga tendencia a tomar diferentes formas "sit-in", huelgas en profusión, ocupaciones, alborotos organizados y manifestaciones no ortodoxas. La propaganda por el hecho no es necesariamente ilegal, pero lo es muy a menudo. La desobediencia civil es necesariamente un tipo de propaganda por el hecho que implica la infracción abierta y deliberada a las leyes para atraer la atención. Muchos anarquistas no la estiman conveniente porque es una provocación deliberada a la represión, lo que es contrario al principio anarquista de evitar todo contacto voluntario con las autoridades; pero en ciertos momentos los anarquistas han encontrado que la desobediencia civil era una forma útil de propaganda. Tanto la agitación sobre todo cuando da resultados, como la propaganda por el hecho, sobre todo cuando es ilegal, van mucho más lejos que la simple propaganda. La agitación incita a la acción, y la propaganda por el hecho es ya la acción; es ahí donde los anarquistas en el terreno de la acción y el anarquismo se convierte en algo concreto.

LA ACCION

La transición entre la teoría anarquista y su aplicación práctica exige un cambio de organización. El grupo típico de discusión donde la propaganda que es fácilmente abierta a la participación exterior y a la observación por las autoridades, y que está fundada sobre la libre acción de cada uno, se vuelve más exclusivo y más formal. Es un momento peligroso, puesto que una actitud demasiado rígida conduce a ser autoritario y sectario, mientras que una actitud demasiado flexible conduce a la confusión y la irresponsabilidad. Es todavía más peligroso por el hecho que, desde el momento que el anarquismo se vuelve una cosa seria, los anarquistas se vuelven una seria amenaza para las autoridades, y la verdadera represión empieza contra ellos.

La forma común de acción anarquista es la agitación, en particular participando en una campaña. Esta última puede ser reformista, es decir que lucha por algo que no cambiará todo el sistema, o revolucionaria, para el cambio de todo el sistema: puede ser legal o ilegal, o las dos a la vez, violenta, no violenta, o meramente pacífica. Puede tener alguna probabilidad de éxito o ninguna, desde su punto de partida. Los anarquistas pueden ser actores importantes y hasta los actores principales de la campaña, o pueden simplemente,

ser uno de los numerosos grupos que participan en ella. Se piensa enseguida en una variedad de posibilidades de acción, y desde hace un siglo los anarquistas las han probado todas. La forma de acción que ha sido más eficiente y la más típica es la acción directa.

La acción directa también, es a menudo, mal comprendida, tanto por los anarquistas como por sus adversarios. Cuando esa expresión fue utilizada por vez primera (a fines del siglo pasado), no significaba otra cosa que lo opuesto a la acción política es decir parlamentaria -y en léxico del movimiento obrero, significaba acción industrial, en particular huelgas boicots y sabotajes, que se veían como preparativos y ensayos de la revolución. Lo esencial era que la acción no fuera aplicada indirectamente por los representantes sino directamente por los que están más estrechamente afectados en una situación, a fin de alcanzar cierto éxito más bien que un simple efecto publicitario.

Esto parece suficientemente claro, pero se ha confundido a menudo la acción directa con la propaganda por el hecho y sobre todo con la desobediencia civil. En realidad, la táctica de la acción directa ha sido desarrollada en el movimiento sindicalista francés contra las técnicas extremistas de la propaganda por el hecho para no dejarse llevar a movimientos espectaculares pero ineficaces. Los sindicalistas adelantaron mediante el trabajo anónimo pero eficaz, por lo menos en teoría. Pero a medida que el movimiento crecía y entraba en conflicto con el orden establecido en Francia en España, en Italia, en U.S.A. y en Rusia, la acción directa empezó a asumir la misma función que los actos de la propaganda por el hecho. Luego, cuando Gandhi dió el nombre de acción directa a lo que de hecho era una forma de no violencia de la desobediencia civil, las fases se confundieron y terminaron por significar casi la misma cosa: toda forma de actividad política que se oponga a la ley o que por lo menos, se sitúe fuera de las reglas constitucionales.

Sin embargo, para la mayoría de los anarquistas, la acción directa guarda su sentido original, bien que al lado de las formas tradicionales, adopta otras nuevas como la ocupación de bases militares, de universidades, de casas deshabitadas, de fábricas. Lo que hace particularmente atractiva a los anarquistas la acción directa es que es adecuada a los principios libertarios tanto como a ella misma. La mayoría de las formas de acción política de los grupos de oposición tiene por finalidad la toma del poder: algunos grupos utilizan las técnicas de acción directa, pero, desde el momento en que toman el poder, las abandonan y además prohíben a otros grupos utilizarlas. Los anarquistas son, pues, partidarios de la acción directa en todos los momentos; en ella ven la acción natural, la acción que se refuerza ella misma y aumenta a medida que se la utiliza, la acción que puede ser empleada para crear y hacer vivir una sociedad libre.

Pero hay anarquistas que no creen en la posibilidad de crear una sociedad libre, y en consecuencia sus acciones difieren de las mencionadas anteriormente. Una de las tendencias más fuertes

es el nihilismo. Esa palabra fue creada por Turgueniev (en su novela "Padres e hijos") para describir la actitud escéptica y despreciativa de los jóvenes populistas rusos de hace un siglo, pero emp. a significar una actitud escéptica y despreciativa que niega todo valor no tan sólo del Estado o la moral dominante, sino de la sociedad y la humanidad misma; para el nihilismo riguroso, nada es sagrado, ni él mismo -así se da un paso más hacia el egoísmo más integral.

Una forma extrema de acción inspirada en el nihilismo es el terrorismo como finalidad propia más bien que por venganza o propaganda. Los anarquistas no tienen el monopolio del terror, pero a menudo ha sido desordenado en algunas secciones del movimiento. Después de la experiencia frustrada que representa el pregonar una teoría minoritaria en una sociedad hostil y a menudo indiferente, resulta tentador atacar físicamente esa sociedad. Lo que no puede hacer gran cosa por cambiar la hostilidad, pero acabará seguramente, con la indiferencia; que me odien con tal de que metan, he ahí la línea del pensamiento terrorista. Pero si el asesinato razonado ha sido improductivo, el terror ciego ha sido contraproducente, y no sería superfluo decir que nada ha traído tanto prejuicio al anarquismo como la corriente de violencia psicológica que lo atraviesa.

Una forma atenuada de acción inspirada en el nihilismo es el bohemismo que es un fenómeno constante a pesar de que su nombre pareciera cambiar según las circunstancias. También él ha estado de moda en algunos sectores del movimiento anarquista, y, como es de suponer, fuera de él también. En lugar de atacar la sociedad el bohemio la huye, y a pesar de vivir sin conformarse a los valores de esta sociedad, vive en su seno y por ella. Se dicen muchas tonterías a ese respecto. Los bohemios pueden ser parásitos, pero esto ocurre con mucha gente más. Por otra parte no hacen mal a nadie, tan solo a ellos mismo lo que no puede decirse de otros. Lo que más puede decirse de ellos en su favor, es que pueden hacer el bien distrayéndose y poniendo sobre el tapete cuestiones, como las ideas recibidas, de manera ostentosa bien que inocente. Lo que se puede decir en su contra, es que no pueden cambiar la sociedad con su actitud, y pueden desviar energías tratando de hacerlo; y ahí reside el problema central del anarquismo. Una manera más adecuada y constructiva de evadirse de la sociedad es dejarla y organizar una nueva comunidad autárquica. En ciertas épocas, ello ha sido un fenómeno muy generalizado, entre entusiastas religiosos de la Edad Media, por ejemplo, y entre diferentes grupos, más recientemente, en particular en América del Norte y en Palestina. Los anarquistas han sido afectados por esa tendencia antaño, pero ya no es tanto hoy en día; como los otros grupos de izquierda, prefieren organizar su propia comunidad informal, tomando como base el grupo de gentes que viven y trabajan juntos en el interior de la sociedad, en lugar de salir de ella. Puede verse en ello el punto de partida de una nueva forma de sociedad que va creciendo al interior de las viejas formas,

o bien una forma válida de refugio contra las exigencias de la autoridad, aceptable por el común de los mortales.

Hay otra forma de acción basada en un aspecto pesimista del porvenir del anarquismo, es la protesta permanente. Según ese punto de vista, no hay ninguna esperanza de cambiar la sociedad, de destruir el sistema estatal, ni de poner el anarquismo en práctica. Lo importante no es el porvenir, la adhesión estricta a un ideal fijo y la elaboración cuidadosa de una bella utopía, sino el presente, el reconocimiento, ya tarde, de una amarga realidad y la resistencia constante hacia una situación horrible. La protesta permanente es la teoría de muchos ex-anarquistas que no han renunciado a lo que creían pero no tienen más esperanzas de lograrlo; es también en la práctica, lo que hacen muchos anarquistas activos que guardan intactos los principios en los que creen y continúan, como si esperaran siempre lograr algo, pero que saben conscientemente que nunca verán el éxito. Lo que hicieron los anarquistas en el curso del siglo pasado puede ser descrito como una protesta permanente, cuando se mira hacia atrás; pero es tan dogmático decir que jamás da can biará como decir que todo debe cambiar inevitablemente, y nadie puede anticipar si la protesta se volverá eficaz, y si el presente de pronto, se convertirá en futuro. La distinción real consiste en que la protesta permanente es considerada como una acción de reta guardia en un caso sin esperanzas, mientras que la mayor parte de la actividad anarquista se concibe como una acción de vanguardia o por lo menos de avanzadilla, en un combate que podemos quizás no ganar y no terminar jamás, pero que bien vale la pena llevar a cabo.

Las mejores tácticas en ese combate son las que están conforme con la estrategia general de la guerra por la libertad y la igualdad, desde las escaramuzas de guerrillas en la vida privada hasta en las batallas de las grandes luchas sociales. Los anarquistas son casi siempre una minoría, raramente tienen, por tanto, la posibilidad de escoger en el campo de batalla, pero deben combatir en todas partes donde hay acción. En general, las ocasiones más logradas han sido aquellas en las cuales la agitación de los anarquistas ha conducido a su participación en más amplios movimientos de izquierda, en particular en el movimiento obrero, pero también en los movimientos antimilitaristas o inclusive pacifistas en países que se preparan para la guerra o participan en ella, en movimientos anticlericales o humanistas en países que son religiosos, en movimientos de liberación nacional o colonial, por la igualdad racial o sexual, o por la reforma legal o penal, o por las libertades civiles en general.

Una tal participación implica inevitablemente una alianza con grupos no anarquistas y algunos de ellos ya comprometidos, y los que se comprometen profundamente en tales acciones corren siempre el riesgo de abandonar inclusive el anarquismo. Por otra parte, rehusar correr ese riesgo significa, por lo general, esterilidad y sectarismo, y parecería que la influencia del movimiento anarquis

ta ha sido siempre proporcional a su compromiso. La contribución particular de los anarquistas, en tales ocasiones, tiene dos aspectos: insistir en la finalidad de una sociedad libertaria, e insistir para que los métodos libertarios sean utilizados para llegar a ello. Es de hecho una contribución, única debido a que lo que podemos sugerir de más importante no es afirmar que el fin no justifica los medios, sino que los medios determinan el fin -los medios son finalidades en la mayoría de los casos. Podemos estar seguros de nuestras propias acciones, pero no de sus consecuencias.

Una buena ocasión que los anarquistas encuentran para dar a la sociedad un impulso hacia el anarquismo es su participación activa, en movimientos no sectarios como el Movimiento 22 de Marzo, el S.D.S. en Alemania, los Provos en Holanda, el Comité de los 100 en Inglaterra, los Zengakuren en el Japón, y los diferentes grupos de derechos civiles, la resistencia a la guerra y por el poder estudiantil en los Estados Unidos. Antaño, la mejor ocasión para un movimiento real hacia el anarquismo estaba, claro está, en hechos vividos por el sindicalismo militante en Francia, en España y en Rusia, Italia y U.S.A., y sobre todo, en las revoluciones rusas y españolas; hoy en día, no reside mayormente en las revoluciones violentamente autoritarias de Asia, África y América latina, sino, más bien, en movimientos insurreccionales tales como el de Hungría en 1956 y el de Francia en 1968.

GRUPOS AUTONOMOS DE MADRID